

rantía la completa libertad de conciencia y de cultos». De la misma manera—vuelvan nuestros católicos a meditarlo—que el Sumo Pontífice protestó contra la República de los Soviets porque esa República no respeta la libertad de conciencia.

Nada de eso. Mientras el laborismo ama la libertad, Lenin se esfuerza en sacar de Carlos Marx el principio de la dictadura proletaria. Kautsky sostiene que, para el autor de *El capital*, la dictadura de que habla no sería una forma de gobierno, sino, sencillamente, un hecho, una situación, de la que, por cierto, Inglaterra lograría prescindir—profetizaba Marx—, realizando su transformación social por el camino democrático. Pero Lenin repudia, indignado, esta interpretación benévola. «La dictadura del proletariado, afirma crudamente, equivale al Estado proletario; es decir, a una máquina de opresión de la burguesía bajo el proletariado...» «No podrá haber en ella ninguna libertad, igualdad, etc.»

Mas el dictador ruso, en contacto con la realidad, ha tenido que llegar, de concesión en concesión, a transigir con el capitalismo internacional, con la pequeña propiedad agrícola, con el comercio privado... ¿Quiere esto decir que Rusia volverá al antiguo régimen? Seguramente, no. Tras de cruentas vicisitudes, con inmenso dolor, sacrificando lo más excelso de la personalidad humana, y después de un período de hambre sin precedentes desde la Edad Media, Rusia consolidará, sin duda, al cabo del tiempo un régimen intermedio, una etapa de la evolución social, muy distante del viejo zarismo, muy distante también de su ensueño comunista. Una etapa de la evolución social, a la que quizás mucho antes llegará Inglaterra, por el camino opuesto, sin convulsiones, sin sangre, sin tiranías, sin que haga falta más revolución que un voto de los comicios y otro voto del Parlamento para conseguir que el socialismo ocupe el Poder y rijan hoy la primera nación de Europa, metrópoli del más grande Imperio de la Tierra.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio € 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series)
 Precio de cada serie € 2.50

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: € 2.00.

NACIONALISMOS

Albión en la India

CÓMO se resolverá la lucha legal entablada en la India entre el nacionalismo y los ingleses? Rabindranath Tagore, el gran poeta, ve con dolor que los irreducibles toman el puesto de los ecuanimes. ¿Se pondrá al lado de sus compatriotas partidarios del Swaraj y renegará del Occidente, de ese Occidente que le dió el premio Nóbel y que tradujo a sus lenguas los poemas salidos de su pluma?

Recordemos... Fué en 1919. El general Dyer acababa de ametrallar a una inerte multitud de indostánicos en Amritsar. Centenares de muertos y moribundos habían cubierto el suelo en las calles y plazas de la desde entonces célebre ciudad. Los que contribuyeron hace quince años, al desarrollo del *Savadhesi movement*, invocaban enfurecidos las lúgubres figuras de Nana Sahib y de la Raní. ¿Cómo? ¿Así pagaba Inglaterra la lealtad y el apoyo de la India durante su lucha mortal con Alemania? Y en los periódicos nacionalistas fueron hechas alusiones veladas al trágico pozo de Cawnpore. Sí; 300 millones de indostanes no debían tener miedo a unos centenares de miles de ingleses. Si la insurrección cipaya fué vencida, debióse a que no había sido verdaderamente nacional. La gran masa del país la aisló con su indiferencia...

Gandhi, sin embargo, no pensaba así. Discípulo de Tolstoi, abominaba de la violencia. «No resistamos al mal. Apartémonos de él», aconsejaba. Y así surgió la doctrina de la *no cooperación*, que ya había tenido su período de ensayo en el Africa del Sur.

«La *no cooperación*!... Para que tuviera éxito era preciso que la India renegara de sus tradiciones. Las castas, barreras infranqueables, impedían toda solidaridad racial. ¡Cómo luchó Gandhi contra ellas!... Heroicamente se acercó a los *parias*, elevólos hasta él, y en sus discursos y proclamas fustigó a los que, por prejuicios más fuertes que su razón, se apartaban de los hermanos humildes.

«¡Un paria es también un hombre!», decía. Y luego, viendo cómo Inglaterra se aprovechaba del odio de los indostanes de religión musulmana por los de religión bramánica, combatió enérgicamente a los que procuraban fomentarlo. «La India es la madre de todos los indostanes», exclamaba. Y después de Amritsar, cuando el Congreso Nacional votó la famosa resolución en que se exigía el Home Rule el Swaraj, todas las clases sociales se pusieron a su lado.

La *no cooperación*! ¡Bastaba con ella para que Inglaterra fuera vencida! Nada de comprar mercancías inglesas, de obedecer las leyes inglesas, de acatar a los funcionarios ingleses, de vender a los residentes ingleses, de servir a los súbditos ingleses. ¡Que todo lo inglés fuera aborrecido, aislado, abandonado, acordonado, declarado infecto, e infame!

En marzo de 1922, el virrey de la India, para acabar con la *no cooperación*, hizo prender a Gandhi.

Pero el movimiento, de místicos caracteres, tomó con su ausencia formas políticas. Y en las elecciones de diciembre los nacionalistas y los autonomistas lograban la mayoría.

Gandhi ha vuelto. Sus amigos le rodean y le piden consejo. ¿Se dejará arrastrar él, tolstoyano convencido, a la violencia? ¿La prisión y el exilio habrán cambiado sus ideas?

Mas he aquí que Rabindranath Tagore pide a los indostanes y a su gran jefe que no sean ingratos con Inglaterra, su tutora.

Y se ha reanudado el diálogo entre el poeta y el agitador.

—Imposible eliminar de la India la civilización occidental—dice aquél.

—Hay que poner de acuerdo a los indostanes y a los ingleses. La India debe vivir su vida propia—contesta Gandhi—. La civilización occidental no ha suprimido el sufrimiento ni ha acabado con la miseria humana. No debemos, pues, admirarla. Tomemos de ella los progresos materiales, pero no la aceptemos en bloque.

—La India, entregada a sí misma, caerá en la anarquía—replica Tagore.

—Aún no puedo gozar de la libertad pura. El Swaraj no es la libertad pura, sino la autonomía—responde Gandhi—, y tienen que dárnosla de grado o por fuerza. No quiero expulsar a los ingleses, pero tampoco que sigan siendo los amos.

Una minoría acepta las prudentes reservas de Tagore. Mas la mayoría sigue a Gandhi y a sus tenientes. En la Asamblea Legislativa de Delhi, de 145 diputados, cerca de 90 son enemigos encarnizados de Inglaterra. De ellos, 67 quieren la independencia absoluta, no combinada. Estos días, esa Asamblea es teatro de debates fogosos. Si el Gobierno británico, que el virrey representa, es puesto en minoría, ¿qué hará Mac Donald para conciliar su fe política con sus deberes de primer ministro del Reino Unido?

FABIAN VIDAL

(La Voz, Madrid)